

LOS CUADROS DE LA VENIDA DE FELIPE IV A PAMPLONA

El día 23 de abril de 1646, llegó a la Muy Noble y Muy Leal (aún no era oficialmente Muy Heroica) Ciudad de Pamplona, Cabeza del Reyno de Navarra, Su Majestad Católica Don Felipe IV de Castilla, VI de Navarra.

Salió el Rey de Madrid el sábado 14 de abril a las tres de la tarde. Entró en su Reino de Navarra el día 20 de abril y fue a comer a Cintruénigo, haciendo noche en Tudela. El día 21 comió en Valtierra y durmió en Caparrosa. El día 22 comió en Tafalla y pasó a dormir a Barasoain; y al día siguiente, festividad de San Jorge, llegó a Pamplona a las once y media de la mañana, y sin entrar en la ciudad, fue a descansar y comer en el Convento de los Trinitarios.

En este lugar recibió el homenaje del Real Consejo, Obispo y Cabildo Catedral, y de la Ciudad; y a eso de las tres y media de la tarde entró en la carroza, y por el camino de la *Cuesta de la Reyna*, así llamado por haberse abierto en 1560 cuando pasó por Pamplona la reina Doña Isabel de Valois, esposa de Felipe II, llegó al Campo del Arenal, deteniéndose ante la Puerta de San Lorenzo o de la Taconera. Allí esperaban su real presencia, el Alcalde D. Alonso Velaz de Medrano y Navarra, y los diez regidores en cuerpo de Ciudad.

Bajó Su Majestad de la carroza, y después de oír la arenga pronunciada por el Regidor Cabo de Burgo, D. Josseph de Lizarazu, en el acto oficial de la entrega de las llaves de la Ciudad, montó a caballo y se colocó bajo el rico palio que llevaban los diez regidores

vestidos de gramallas. Y así, de esta manera hizo su majestuosa entrada en Pamplona, entre las salvas de la artillería del Castillo Nuevo (Ciudadela), repique de campanas, y entusiastas vitores de los fieles pamploneses. Atravesó la Calle Mayor, toda engalanada de tapices y espléndidas colgaduras de damascos. ¡Que cualquiera averigua dónde habrán ido a parar unos y otras! Precedían a la real comitiva un escuadrón de 400 arcabuceros en 80 filas de cinco, vecinos todos de la Ciudad, bizarros y galanes, lujosamente ataviados con bandas y plumas en los sombreros. Mandaba el gallardo escuadrón don Martín de Cruzat, señor de Oriz, elegido capitán a guerra de la Ciudad por acuerdo de sus señores rexidores. Llevaba el pendón de guerra de Pamplona el alférez Jaime de Oteiza, ex-rexidor, y completaban el estado mayor los señores Martín de Vidaurre, Miguel de Ibarregui, Martín de Castorena y Martín de Aguirre.

Un cronista de la época nos da a conocer la indumentaria que los susodichos lucieron en tan señalada ocasión.

“El Capitán, galán y práctico, salió vestido de finísimo paño de Amsterdán color de perla algo oscuro guarnecido de penachos y eses de oro bordadas con mucho primor; mangas tahalí y guantes riquísimos, medias largas, colete, plumas y sombrero de gran lujo.

El paje de Ginete vestido de lama de oro canellada y guarnición de hojuelas de plata. El alférez de paño castaño guarnecido de galón de hojuelas de plata, medias, sombrero y plumas al mismo propósito, todo muy galán y los sargentos igualmente muy lucidos.”

Así llegaron a la Santa Iglesia Catedral, en donde le esperaban el Ilmo. Cabildo y Señor Obispo, el cual, por ausencia del Virrey, ejercía dicho cargo, y después del solemne Te Deum y de oír el toque de las chirimías de la Catedral reforzadas en esta ocasión con las de Santo Domingo de la Calzada, dirigidas por D. Agustín Sesé, se retiró a descansar a Palacio. (Hoy Comandancia Militar o Capitanía.)

La noticia de que S. M. el Rey iba a venir, acompañado de su hijo el Príncipe Baltasar Carlos, a visitar a sus fieles súbditos del Reyno de Navarra, llegó a la Ciudad de Pamplona a principios de la Cuaresma.

En cuanto la Ciudad se enteró de la real determinación, sin perder momento, empezó a tomar los mil variados menesteres y medidas necesarias para el mayor esplendor de tamaño aconte-

cimiento. Revisó para ello actas, papeles, viejas memorias; consultó con los más ancianos, en fin, que nada dejó olvidado de cuanto pudiera ser norte y servir de guía para el recibimiento y estancia de los reales huéspedes.

Lo que primero pasó por la mente de nuestros festivos regidores, fue la organización de festejos, pues todos sabían la afición que por ellos sentía la jolgoriosa Majestad del Rey Felipe. Pero cuando estaban ya con 24 toros de la ribera pastando en los sotos de Cordovilla, los fuegos artificiales preparados, los caballeros pensando en las galas que iban a lucir en el torneo y fiestas de la sortija, los toreadores en camino, los gigantes armados y con trajes nuevos, las danzas de muchachos de Estella y otras, dando los últimos ensayos de sus cabriolas y mudanzas, los juglares, salterios y gaiteros templando sus instrumentos, etc., etc., he aquí que se recibe un Real Despacho diciendo:

“Magníficos y bien amados míos Alcaldes y Rexidores de la Muy Noble y Muy Leal Ciudad de Pamplona. Tengo entendido que con ocasión de mi jornada por ese Reyno al de Aragón, tratáis de hacer manifestaciones particulares y nuevos gastos y siendo mi deseo y atención que la resolución que tengo de pasar por ese Reyno solo se encamina a vuestra comodidad y alivio y a mostraros la gratitud y estimación con que me hallo de vuestra asistencia, amor y fidelidad, me ha parecido conveniente advertiros, como por esta os advierto, cuanto será de mi servicio que ceséis en cualquier género de demostración pública, pues las ocurrencias presentes sólo permiten los gastos forzosos o inexcusables, teniendo no será de mi gratitud, ninguno que hiciéredes con descomodidad vuestra, porque mi ánimo es excusároslo en todo lo que fuere posible.

D. Md. y marzo 28 de 1646
Yo el Rey.”

Y naturalmente, al enterarse la Ciudad de que los festejos en proyecto no eran de la *real gratitud* de su Católica Majestad, acordó suprimirlos, no sin gran sentimiento de los alegres y jolgoriosos pamplonicas que se prometían unos días de feliz solaz y esparcimiento.

Lo único que quedó en pie, fue un sabio acuerdo de 10 de abril, que demostraba cuán bien conocían los sesudos rexidores las aficiones y necesidades de sus administrados y de los visitantes de *fuera puertas*. El cuál hacía saber:

“Por cuanto se espera en esta Ciudad la deseada venida de Su Majestad (que Dios guarde) en breve y con venir en tal ocasión no falte el vino necesario para las personas regaladas que vendrán en su compañía”, precisaba que se abrieran seis nuevas tabernas; tres de vinos de Peralta, Falces, Villafranca, y otros lugares de la Ribera “más abajo que Tafalla” y tres de Artajona, Puente y Val de Ilzarbe.

Unos días después que el Rey, llegó a Pamplona su hijo el Príncipe don Baltasar Carlos, heredero de la corona, a quien ya Navarra había jurado como Príncipe de Asturias en 1632, siendo Virrey y Capitán General don Luis Bravo de Acuña. La confirmación de este juramento no pudo verificarse hasta el 26 de agosto de este año de 1846 pues el Príncipe Baltasar cayó enfermo y hubo necesidad de esperar a su curación y restablecimiento. La ceremonia de la jura fue solemnísimas, pero dejaremos de relatarla, pues es nuestra intención tratar tan sólo de los cuadros conmemorativos que se pintaron con motivo de la real visita.

Trataremos sin embargo, de pasada, de los festejos que sucedieron al restablecimiento del Príncipe y al acto de su juramento.

Creyó la Ciudad que la prohibición de los festejos de la venida de S. Mg. no rezaba para esta ocasión, así es que los organizó espléndidos. Destacó entre ellos la corrida de toros celebrada en la Plaza del Castillo, en la que lucieron sus aptitudes taurinas los mejores toreadores de la época; tales como el tuledano Juan Pérez Carretero, primer espada; Josseph Trastovares, de Tudela también, que dio la lanzada a pie; el corellano Juan Cubillos, toreador de a pie y de a caballo; el Lobico de Villafranca y otros. Tan sólo hubo un pequeño accidente que lamentar. Un toro alcanzó, zarrandó y maltrató al toreador de Alfaro, Pero de Reta, causándole una gran herida en la cabeza, y como si esto fuera poco, el desalmado cornúpeta, sin tener consideración alguna al escogido concurso de bellas y recatadas damas que presenciaba la lidia, “le rasgó los calzones dejándole sin ellos”. Hubo también antes, durante y al fin de la corrida variadas danzas, gigantes, toro de fuego, castillo de fuegos de artificio y otros festejos que es de suponer no habrían desagradado al enfermizo Príncipe heredero.

Por cierto, que podemos asegurar sin temor a equivocarnos, que tanto el Príncipe Baltasar como su regio padre, vivieron y murieron ignorando que hubiera sido su viaje causa de la movilización de la honrada y devotísima beata María de Lesaca, o serora, de la

basílica de San Pablo de Labiano. Había encargado la Ciudad al artífice cohetero Bartolomé de Esparza la confección de los fuegos artificiales. Alegó éste que le sería muy difícil cumplir su cometido en el breve plazo que le dieron, si no le ayudaba la serora de Labiano, mujer muy práctica e inteligente en estos estrepitosos menesteres. En vista de lo cual, la Ciudad, reunida en consulta, resolvió tras maduro examen, que Martín de Istúriz saliese con dos caballerías camino de Labiano, para traer a Pamplona a la muy honesta y beata cohetera y a su criada. Seis días se ocuparon en esta faena, cobrando por ello 24 reales. Al artífice Bartolomé Ruiz de Esparza se le dieron y pagaron mil cuatrocientos reales por sus *imbenciones*. En todos tiempos ha habido clases.

Del fárrago de cuentas, recibos y papeles en general que guarda el Archivo Municipal de Pamplona, relativos a la entrada y estancia del Rey Felipe IV y su hijo el Príncipe Baltasar en esta ciudad, entresaco una partida que dice:

“Relación y quenta de lo que se ha gastado por la Ciudad de Pamplona con ocasión de la benida de su Magestad (que Dios guarde) de ella de este año de 1646.”

En ella vemos esta partida:

“...Al pintor por su escudo de armas que hizo para la puerta de la Tacонера y un quadro con su marco dorado para la Casa de la Ciudad con ocasión de la venida de S. M... 38 ducados y 3 reales.”

No consta en esta partida el nombre del artista que pintó el cuadro, pero en otro fajo de notas y recibos vemos esta petición:

“Lucas de Pinedo, pintor, vecino de esta Ciudad, dice, que el tiene hecho para la Ciudad el cuadro de la entrada de Su Magestad y dorado la moldura de él y ha gastado mucho tiempo y trabajo, lo cual merece cincuenta ducados...”

El Reximiento, en consulta del martes 14 de agosto de 1646 acordó darle “30 ducados y no más”.

De suponer es que este económico acuerdo de la Ciudad, no habría sido muy del agrado del buen Lucas de Pinedo, aunque no haya documento alguno que pruebe esta suposición.

Este pintor vecino de Pamplona llegó en otra ocasión a pintar, por encargo del Municipio, y para el ornato de su salón de sesiones, dos retratos.

De D. Sancho Abarca el uno y de D. Sancho el Fuerte el otro. De ninguno de los dos, así como tampoco del que pintó Alonso de Logroño pretendiendo representar a D. Iñigo Arista, queda recuerdo alguno en la Casa Consistorial.

Con este cuadro de Lucas Pinedo, del que creo que hasta ahora nadie se ha ocupado, son seis los que se pintaron con motivo de la regia visita.

El primero debió de ser de parecidas proporciones y factura que el de la "Vista de Zaragoza" que se conserva en el Museo del Prado de Madrid, atribuido a Velázquez, aunque en realidad debió de ser obra de su yerno y discípulo Juan Bautista de Mazo. Este cuadro desapareció con motivo del incendio del Alcázar en 1734.

A él se refiere Don José Camón Aznar, en su *Guía Abreviada del Museo Lázaro Galdiano*, cuando trata del cuadro de Mazo, que, con el título de "Vista de Pamplona", se exhibe en la Sala XVI.

"Esta obra es fundamental para el estudio de la escuela velazqueña y confirma la personalidad de Mazo como pintor tan cercano de Velázquez, que sus obras han podido confundirse con las de su suegro. Se sabe que por haber complacido al Rey la "Vista de Zaragoza", se le envió a Pamplona para realizar una obra semejante, y allí fué en septiembre de 1647. Esta vista de Pamplona estaba en Palacio, y según el Inventario de 1686 tenía el escudo de Navarra y el lienzo un tamaño de "cuatro varas de largo y poco menos de alto".

En el Inventario de don Gaspar de Haro y Guzmán, del año 1851, publicado por el Sr. Pita, consta una pintura en lienzo del Sitio de Pamplona "con trajes de Navarra". La medida era diferente y constaba de "vara de caída, vara y sesma de ancho". Este cuadro pasó en 1691 al Monasterio de San Benito, en Valladolid. Y de él se hicieron dos reproducciones: una actualmente en el Museo Wellington, en Londres, y otra en la Colección de Casa Torres, publicada por el Señor Sánchez Cantón.

El fragmento aquí expuesto —muy ennegrecido antes de su limpieza— puede proceder del cuadro de las colecciones reales seguramente averiado cuando el incendio ocurrido en el Alcázar en 1734.

"Hay en él una frescura de toque, un sentido tan impresionista y sucinto de la pincelada y una coloración tan cercana a Velázquez, que hay que pensar es un trozo del cuadro original. Su factura es análoga a uno de los lienzos de Mazo expuestos en el Prado con tema de los Jardines de Aranjuez."

El Cuadro propiedad de Casatorre, perteneció, según dice Iturralde y Suit, al pintor Carderera, y lo adquirió más tarde al Marqués de Echeandía, pasó luego a la propiedad del de Casa Torres. Copia sin duda de éste debe de ser el que hoy conserva el actual Marqués de Echeandía.

De estos tres cuadros se ha ocupado don Juan Iturralde y Suit, en el Boletín de Monumentos de Navarra, año 1895, y don Francisco Xavier Sánchez Cantón en el "Boletín de la Sociedad de Excursiones" II trimestre de 1915.

Refiriéndose al cuadro del Marqués de Casatorres escribe Juan Iturralde y Suit:

"Reproduce aquel lienzo la entrada que hizo en Pamplona el día 23 de abril de 1646 el Rey Felipe IV, y lo pintó su pintor de cámara don Juan Bautista de Mazo, yerno y discípulo de Velázquez...

Las líneas grises de las murallas y el foso que ocupa buena parte del cuadro, y el traje uniforme y severo de la golilla que visten el grupo del cortejo, dan al conjunto una tonalidad lúgubre que obliga a buscar algo de animación y colorido en el concurso de hombres del pueblo, mujeres, niños y frailes que han acudido a presenciar la entrada del Rey. La puerta sobre la cual ondea la bandera roja de Navarra, es muy semejante a la actual (hoy derribada y desaparecida) que se construyó veinte años después. A su derecha y sobre los parapetos de la muralla de la plaza se elevan frondosas las copas de los árboles del paseo en plena primavera: a su izquierda se extiende la ciudadela, en uno de cuyos baluartes dispara la artillería las salvas con que saluda a Su Majestad. Inmediato a la puerta, y siempre sobre la muralla, se vé el antiguo convento de los Franciscanos; más lejos están indicados varios edificios del interior de la Ciudad, sobre los que descuellan algunas torres y cierran el horizonte parte de las montañas que forman la Cuenca de Pamplona."

Otro cuadro de parecido, aunque no igual motivo, es el que se conserva en Londres. De él se ocupa extensamente don Angel Apraiz en la revista *Ateneo* de Vitoria. Nos dice, que en la visita que hizo a Apsley-House, la suntuosa residencia en Londres del Duque de Wellington, le llamó poderosamente la atención ver "un oscuro cuadrado un corro de damas y caballeros que alegremente danzaban, unidas, por medio de pañuelos sus manos: Vense también en el cuadro mujeres ataviadas con grandes tocas vascas. En la parte superior, destacaba enguirnaldado y sostenido por dos ángeles, el escudo de Navarra con sus cadenas".

Como se ve, el motivo de este cuadro de Londres es el mismo que el del Museo Lázaro Galdiano de Madrid, fuera del escudo de Navarra sostenido por dos ángeles. El no representa la entrada del Rey en Pamplona, sino solamente grupos de gentes del país, destacando entre todo la danza popular, en la que toman parte gentes ataviadas con trajes de gala populares, parecidos la mayor parte, a los usados en las montañas del Roncal. El fondo y murallas destacan confusos y nada se distingue del Convento de Franciscanos, edificios y portal de la Taconera. Tampoco aparecen las piezas de artillería haciendo salvas.

En el Marqués de Casatorres, todo el dibujo del fondo aparece muy detallado, pareciendo que todo el trazado de murallas, baluartes y edificios, están delineados a regla y compás. Mientras que el del Museo Lázaro Galdiano aparece confuso y sin terminar.

Mazo no pudo ser testigo de la entrada del Rey Felipe IV, pues como dejamos anotado más arriba, vino a Pamplona cuatro meses más tarde; así es que tuvo que pintar de memoria, a no ser que le hubiese servido de guía el humilde cuadro del pintor pamplonés Lucas Pinedo, que, aunque malo seguramente, traería con propiedad todos los detalles del acontecimiento.

De modo tenemos, que de esta visita regia a Pamplona se pintaran los siguientes cuadros. El de Casa-Torre; el de Echeandía, igual al anterior, ambos relativos a la entrada de Felipe IV. El de Apsley-House y el del Museo Lázaro Galdiano; con el mismo fondo, abocetado, que los anteriores, aunque sin el escudo de Navarra sostenido por dos ángeles este último. El asunto representado en éstos es de carácter popular, folklórico, por cuestión de trajes, danzas e instrumento que tañe el juglar que dirige estos.

El desaparecido en el incendio del Palacio Real, que ignoramos cuál de los dos motivos representaba, y el del pintor pamplonés Lucas Pinedo, veedor de las obras eclesiásticas del Obispado Iruñense: el cual, tras de ser regateada su labor, tardó tanto en cobrarla, que se vio en la necesidad de dirigirse a la Ciudad diciendo que no podía "andar perdiendo trabajo en cobrarlo tanto tiempo".

Director del Museo de Recuerdos Históricos (Pamplona)

IGNACIO BALEZTENA